

La naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena del Señor, según Juan Calvino

por Edgar Moros Ruano

Para los reformadores protestantes, la naturaleza de la presencia de Cristo en la Santa Cena tuvo un carácter altamente controversial. Todos los reformadores negaron la enseñanza católico romana de la transubstanciación, pero no llegaron a un consenso de cuál era la naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena. Hoy en día este debate adquiere nueva importancia a la luz del diálogo ecuménico entre las diferentes iglesias protestantes y, entre protestantes, católicos y ortodoxos.

El propósito de este trabajo es el investigar la naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena del Señor según la enseñanza de Calvino. Es bien sabido que Calvino afirmó la *presencia real* de Cristo en la Cena. Lo que no siempre queda claro es en qué sentido afirma Calvino la *presencia real* de Cristo en la eucaristía y lo que esta presencia quiere decir.

Hay que examinar la posición de Calvino a la luz de la controversia surgida entre los diferentes reformadores, la cual estaba centrada en el ataque a la doctrina romana de la transubstanciación del pan y vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Otro aspecto importante de este asunto tiene que ver con la diferencia de opinión que surgió entre Lutero y Zuinglio con respecto a la presencia corporal de Cristo en la Cena. Esta diferencia de opinión había llevado a confusiones y divisiones entre las varias iglesias de la Reforma. Calvino escribió precisamente en medio de estas controversias, con el propósito de explicar cuidadosamente este gran misterio. Como hemos de ver, su esfuerzo por clarificar el misterio de la Cena y por disipar los errores sostenidos por otros, llevó a Calvino a desarrollar su propia concepción de la presencia de Cristo en la Cena del Señor.

De gran importancia para llegar a entender el asunto en cuestión es la explicación que da Calvino del problema cristológico, esto es, de las dos naturalezas de Cristo y de cómo éstas se relacionan en su unión en una sola persona. Por tanto, hemos de tratar primero sobre el punto de vista de Calvino con respecto a la cristología de las dos naturalezas y, luego, propiamente sobre su explicación de la presencia de Cristo en la Cena.

De cómo las dos naturalezas hacen una sola persona

Calvino se adhiere por completo a la Definición de Calcedonia sobre la persona de Cristo. Sin la más mínima duda Calvino sostiene la divinidad y la humanidad de Cristo. Estas dos naturalezas se hallan unidas en una sola persona. Calvino establece, siguiendo a Calcedonia, que las sustancias divina y humana no se confunden o mezclan, sino que en la unión cada una preserva su carácter distintivo:¹

Calvino señala con toda claridad que las dos naturalezas, aun cuando unidas en una persona, permanecen como sustancias distintas. Se da perfecta cuenta de que hay ciertos pasajes en las escrituras en los cuales ciertas propiedades que pertenecen a la humanidad de Cristo son atribuidas a la divinidad, y viceversa. Esto, para Calvino, es válido como lenguaje figurado.² Ya que las dos naturalezas están unidas en una persona, esta "communicatio idiomatum" o, intercambio de propiedades, es utilizada con propiedad en las escrituras, como una figura del lenguaje. Pero esto no significa que, cuando por ejemplo Pablo dice que "Dios ha adquirido a su Iglesia con su sangre" (Hechos 20:28), o, "que el Señor de Gloria fue crucificado" (1ª Cor. 2:8), hemos de asumir que la divinidad en realidad fue crucificada y sufrió

Igualmente, las cosas que pertenecen exclusivamente a la naturaleza divina son transferidas a la naturaleza humana. Lo que hace posible esta "comunicación", es la unión de las dos naturalezas en una persona.

Es importante notar que a pesar del fuerte énfasis que pone Calvino sobre la diferencia de las dos naturalezas, la unión de estas dos en una persona no es olvidada o pasada por alto, aun cuando es posible que exista aquí una mayor preocupación con la diferencia de las dos naturalezas, que con su unión en una sola persona. Calvino condena por igual los extremos del

¹ Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, traducida por Cipriano de Valera en 1597, Vol. I, Rijswijk, Países Bajos, 1981, Libro II, Capítulo XIV, Sección 1.

² *Ibíd.*

nestorianismo y del eutiquianismo, los cuales yerran al no entender las dos naturalezas y una persona.³

Es de extrema importancia para Calvino el que las dos naturalezas de la persona de Cristo no sean confundidas, ya que sólo uno que sea plenamente Dios y plenamente hombre puede ser un mediador entre Dios y nosotros.

Es pues de vital importancia para nuestra salvación, que la verdadera humanidad y la verdadera divinidad de Cristo sean mantenidas. En la persona de Cristo encontramos la encarnación del Verbo eterno. Él es nuestro verdadero Mediador y Redentor; la representación y revelación de Dios en la carne.

Ciertamente Cristo es el eterno hijo de Dios, quien ahora se ha hecho carne. Calvino, sin embargo, hace una clarificación, señalando vigorosamente que la encarnación no limita al Hijo de Dios en la estrecha prisión de un cuerpo. Así, Calvino asevera que:⁴

Del mismo modo, el Hijo del Hombre estaba en la tierra, porque el mismo Cristo según la carne estuvo aquí abajo todo el tiempo de su vida mortal, y a la vez no dejaba de residir en el cielo, como Dios que era. Y por eso se dice en el mismo lugar que descendió del cielo según su divinidad; no que su divinidad haya bajado del cielo para encerrarse en el cuerpo, como en una mazmorra; sino porque si bien lo llenaba todo, sin embargo habitaba corporalmente, es decir, naturalmente en la humanidad de Cristo, y esto de un modo inefable.

Este pasaje ya se encuentra en la primera edición de la *Institución*, de 1536, lo cual nos da a entender que Calvino arribó a esta comprensión bastante temprano.⁵ La paradoja que se encuentra aquí: “Dios plenamente en Jesús de Nazaret y, sin embargo, plenamente fuera de Él, fue denominada posteriormente, el ‘extra calvinisticum’”.⁶

Wilhelm Niesel aclara con respecto al “extra calvinisticum”, que éste no puede entenderse como si Calvino estuviese diciendo que “Dios es encontrado en Jesucristo, pero que también puede ser encontrado plenamente fuera de Él. No. Según Calvino, Dios se

ha manifestado solamente en Jesucristo, y debemos asirnos solamente a Cristo, en lugar de tratar de buscar a Dios fuera del Mediador”.⁷

El “extra calvinisticum” se refiere a la distinción que debe ser hecha entre las dos naturalezas de Cristo y representa el esfuerzo de Calvino por evitar “cualquier confusión de la humanidad con la divinidad de Cristo. Para beneficio de nuestra salvación, la Deidad continúa siendo lo que es eternamente. Por tanto, como divinidad, la Deidad se encuentra totalmente fuera de la humanidad del Hijo de Dios. Siempre la Deidad conserva su trascendencia sobre la naturaleza humana”.⁸ Sin embargo, la Deidad habitó en la humanidad de Cristo “corporalmente, es decir, naturalmente en la humanidad de Cristo, y esto de un modo inefable”.⁹ Solamente en el Mediador podemos encontrar un conocimiento salvífico de Dios.

Pasamos ahora a ocuparnos del concepto que tenía Calvino de la naturaleza del cuerpo glorificado y ascendido del Cristo. Después de la resurrección, el cuerpo de Cristo realmente ascendió al cielo, para permanecer allí en gloria, sentado a la diestra del Padre, hasta que Él venga de nuevo al fin del mundo.

Calvino fue muy claro al decir que el cuerpo del Cristo resucitado no está en ninguna parte aquí en la tierra, sino en el cielo, que es un ámbito más allá de este mundo creado. Calvino sostiene que el cuerpo del Cristo ascendido aún posee las cualidades de la carne, esto es, una entidad física con sus propias dimensiones, contenida en un lugar y, limitado a un solo lugar al mismo tiempo. “Ahora bien, la condición y el estado de la carne, es que esté y ocupe un determinado lugar, con su propia forma y medida. Con esta condición Jesucristo tomó carne haciéndose hombre; y a ella, según el testimonio de San Agustín (*Carta 187*) le ha conferido gloria e incorrupción; pero no le ha quitado lo que naturalmente le pertenecía, ni su ser verdadero”.¹⁰

¿Podemos entonces decir que el Cristo ascendido es todavía Dios verdadero y hombre verdadero? Esto es precisamente lo que Calvino asevera aquí, con la salvedad de que el cuerpo de este Cristo, perteneciente a su humanidad, no está en la tierra ya que ha sido removido al cielo. Sin embargo, en una forma muy real, Cristo continúa estando presente con nosotros hasta el fin del mundo; no obstante, esta es una “presencia de majestad”, por medio de la cual el poder de

³ *Ibíd.*, II, XIV, 4.

⁴ *Ibíd.*, IV, XVII, 30.

⁵ Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, edición de 1536, traducida por Jacinto Terán, Vol. 1, Buenos Aires: Editorial La Aurora, Obras Clásicas de la Reforma, N° 15, 1958, p. 287.

⁶ Wilhelm Niesel, *The Theology of Calvin*, Philadelphia: The Westminster Press, 1956, p. 118.

⁷ *Ibíd.*, p. 119.

⁸ *Ibíd.*, pp. 118-119.

⁹ *Institución* (1559), IV, XVII, 30.

¹⁰ *Ibíd.*, IV, XVII, 24.

Cristo ahora se manifiesta más allá del cielo y de la tierra.

Aquí encontramos la negación de la ubicuidad del cuerpo de Cristo, mientras que al mismo tiempo estamos ante la afirmación de la ubicuidad de las características divinas de Cristo. En este punto, Calvino se opuso a la doctrina luterana de la ubicuidad del cuerpo de Cristo.

Con esta discusión preliminar como fondo necesario para entender la Cena del Señor, pasamos ahora a estudiar la naturaleza de la presencia de Cristo en la Cena.

La presencia de Cristo en la Cena.

En la Santa Cena somos partícipes de Cristo: "Ahora bien, el único sustento de nuestras almas es Cristo; y por eso nuestro Padre celestial nos convida a que vayamos a Él, para que alimentados con este sustento, cobremos de día en día mayor vigor, hasta llegar por fin a la inmortalidad del cielo".¹¹ Esta participación constituye una comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo, porque en la Cena se nos ordena:¹²

Que tomemos y comamos el cuerpo que a la vez fue ofrecido por nuestra salvación, a fin de que viéndonos partícipes de él, tengamos plena confianza de que la virtud de este sacrificio se mostrará en nosotros. Y por eso llama al cáliz, pacto en su sangre.

Calvino está diciendo, que en la Cena el cuerpo y la sangre de Cristo están realmente presentes, no solamente su divinidad. Esta presencia real dista mucho de ser algo como la transustanciación romana, ya que "*el pan y el vino son signos de una realidad espiritual... los cuales representan el mantenimiento espiritual que recibimos del cuerpo y sangre de Cristo*".¹³ El pan y el vino continúan siendo pan y vino, sin ningún cambio de sustancia.

El pan y el vino sirven como los mejores instrumentos para llevarnos a la participación con el cuerpo y la sangre de Cristo, ya que éstos nos dan una comparación de lo que significa alimentarse del cuerpo y de la sangre de Cristo. Así como el pan mantiene la vida de nuestro cuerpo, "de la misma manera el cuerpo de Jesucristo es el único mantenimiento para alimentar y vivificar el alma".¹⁴ Lo mismo se aplica al vino, como una analogía de la sangre. Porque "por

las cosas corporales que se nos proponen en los sacramentos debemos dirigirnos según una cierta proporción y semejanza, a las cosas espirituales".¹⁵

El que el pan y el vino tengan un carácter de "signos" o "símbolos", no quiere decir que la Cena posea un mero carácter simbólico. No. Calvino muy cuidadosamente distingue su enseñanza de la de Zuinglio, la cual efectivamente hacía de la Cena un mero creer. El comer y el beber de la cena, señalan hacia una realidad mucho más profunda:¹⁶

Pero a mí me parece que el mismo Cristo ha querido decir en este notable sermón [Juan 6:26 s.] algo mucho más alto y sublime, al recomendaros que comamos su carne; a saber, que somos vivificados por la verdadera participación que nos da en Él, la cual se significa por las palabras comer y beber, a fin de que ninguno pensase que consistía en un simple conocimiento. Porque, como el comer y beber, y no el mirarlo, es lo que da sustento al cuerpo, así también es necesario que el alma sea verdaderamente partícipe de Cristo para ser mantenida en vida eterna.

Calvino siente preocupación porque la Cena del Señor, y aun la apropiada fe, no lleguen a ser un mero conocimiento intelectual. El tomar el cuerpo y la sangre de Cristo no puede ser simplemente reducido o igualado a la fe, sino que más bien tiene su origen en la fe, o sigue a la fe como una participación dramática del cuerpo y de la sangre de Cristo. La diferencia con la doctrina zwingliana fue resumida por Calvino en las siguientes palabras; "ellos entienden que el comer es la fe misma; mas yo digo que procede de la fe".¹⁷

Hasta ahora hemos visto que Calvino asevera que en la Cena del Señor nosotros efectivamente participamos del cuerpo y la sangre de Cristo. Al mismo tiempo, como ya lo hemos señalado, Calvino niega que el pan y el vino sean de alguna manera objetos de transustanciación en el cuerpo y la sangre de Cristo. Estos elementos, más bien, sirven como símbolos que señalan hacia un misterio. En este misterio nosotros realmente comemos el cuerpo y bebemos la sangre de Cristo, por analogía con nuestro comer y beber el pan y el vino. Sin embargo, esto no es meramente un asunto de analogía, sino que es una real participación en Cristo.

¹¹ *Ibíd.*, IV, XVII, 1.

¹² *Ibíd.*.

¹³ *Ibíd.*.

¹⁴ *Ibíd.*, IV, XVII, 3.

¹⁵ *Ibíd.*.

¹⁶ *Ibíd.*, IV, XVII, 5.

¹⁷ *Ibíd.*.

¿Cómo puede Calvino reconciliar estas paradójicas afirmaciones? Si Cristo no reemplaza la sustancia del pan y del vino, y si su cuerpo y su sangre están verdaderamente presentes en el pan y el vino, ¿no se vería obligado Calvino a recurrir a alguna explicación que, como la de los luteranos, localice la carne de Cristo bajo las especies del pan y del vino? De ninguna manera, porque, como ya hemos visto, la carne de Cristo ha ascendido al cielo y no puede encontrarse en ninguna parte en la tierra, ni siquiera en el sacramento. El cuerpo de Cristo no puede estar localizado en los elementos. Calvino niega la ubicuidad del cuerpo de Cristo. Pretender que el cuerpo yace escondido por debajo de los elementos, es crear un doble cuerpo de Cristo, ya que de acuerdo con los luteranos “está visible en el cielo, y en la Cena es invisible por una especie de dispensa especial”.¹⁸ Este tipo de argumentación es locura para Calvino, porque no sería más que “sacar el cuerpo de Cristo del santuario celestial”.¹⁹

Todo este argumento está basado en las premisas que hemos visto en la primera parte de este trabajo, en las cuales Calvino establece su enseñanza de que el cuerpo de Cristo está en el cielo.

Como hemos visto, Calvino más bien diría que “aunque todo Cristo está en todo lugar, sin embargo, no todo cuanto hay en Él está en todo lugar”.²⁰ En esto Calvino está de acuerdo con los Escolásticos. En la Cena, pues, el Mediador “está de tal manera presente, que no trae consigo todo lo que hay en Él; porque, según hemos dicho, en cuanto a la carne necesariamente tiene que estar en el cielo, hasta que aparezca para el juicio”.²¹ Así pues Calvino evita los errores de las posiciones zwingliana y luterana. Pasaremos a ver en forma más concreta la médula de la doctrina calvinista. Es por medio de la actividad del Espíritu Santo que nosotros participamos del cuerpo y de la sangre de Cristo, en forma verdadera. Ya que el cuerpo de Cristo está en el cielo, si hemos de participar de él, es necesario que seamos levantados hasta el cielo, en forma misteriosa y maravillosa, por el Espíritu Santo.

Es pues a través de la operación del Espíritu Santo que tenemos comunión con Cristo. En verdad, esta es una comunión espiritual, lo que significa, que nuestra comunión con Cristo es real. El vínculo de nuestra unión con Cristo es, por lo tanto, “el Espíritu de Cristo, mediante el cual somos unidos; y es como un canal

por donde todo cuanto Cristo es y tiene fluye hacia nosotros”.²² Esta participación espiritual no nos separa de una participación del cuerpo y de la sangre de Cristo. Todo lo contrario, es el resplandor del Espíritu de Cristo lo que hace real esta comunión.

Según Calvino, sí comemos en realidad del cuerpo de Cristo, aun cuando esta sea una comida espiritual. Cristo no desciende de su morada celestial. Nosotros somos elevados hasta el cielo por el Espíritu Santo. Sólo como una paradoja puede decirse que Cristo desciende en la Cena, haciéndonos ascender hasta Él, por medio del poder del Espíritu Santo.

Si la comunión tiene lugar de esta manera, ¿cuál es el papel de los signos de pan y vino? Es evidente que Cristo no se manifiesta directamente a través de éstos, ni se manifiesta debajo de ellos. Mucho menos hemos de encontrar la carne de Cristo, como una esencia que haya sufrido transubstanciación en el pan y el vino que han sido consagrados. Debemos más bien decir, con François Wendel, que para Calvino, así como para la doctrina franciscana, “existía un paralelismo entre la recepción de los elementos en la Cena y la acción del Espíritu de Cristo, pero los elementos y el Espíritu permanecían distintos y diferentes”.²³

Los elementos sí tenían importancia para Calvino. Según él, no podemos retirarlos y simplemente tener una comunión espiritual con Cristo. La comunión queda obstaculizada si nosotros abolimos los signos, porque entonces el misterio de Cena del Señor es destruido. Dios ha designado los elementos de pan y vino con un buen propósito, porque, como hemos mencionado, los símbolos del pan y del vino representan “el mantenimiento espiritual que recibimos del cuerpo y sangre de Cristo”.²⁴

Calvino nos dice en otro pasaje, que el sagrado misterio de la Cena del Señor consiste en dos cosas: “en los signos visibles que en ella nos son dados descendiendo con nuestra débil capacidad; y en la verdad espiritual que en los signos es figurada y a la vez dada”.²⁵ Dios, entonces, ha designado a los elementos de pan y vino, como una ayuda para llevarnos a la verdadera comunión con Cristo, la cual es la comunión en el Espíritu.

¹⁸ *Ibíd.*, IV, XVII, 29.

¹⁹ *Ibíd.*, IV, XII, 30.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ *Ibíd.*

²² *Ibíd.*, IV, XVII, 12.

²³ François Wendel, *Calvin, Origins and Development of His Religious Thought*, New York: Harper & Row, 1963, pp. 344-345.

²⁴ *Institución*, IV, XVII, 1.

²⁵ *Ibíd.*, IV, XVII, 11.

El rechazo que hace Calvino de las posiciones romana, luterana y zwingliana, proviene de su convicción de que éstas habían localizado erróneamente el misterio de la Cena del Señor. En el caso de la posición romana, el pan había sido confundido con el Cristo, esto es, la señal fue confundida con aquello a lo que señalaba. La posición luterana, también, al enaltecer demasiado los símbolos, había oscurecido el misterio mismo.²⁶ Por otra parte, los zwinglianos, al tener tan poca estima por los símbolos llegaron a divorciarlos de los misterios a los cuales se hallan intrínsecamente unidos.²⁷

En su exposición, Calvino trató de preservar el misterio de la Cena. De hecho, llegó a reconocer que el misterio iba más allá de su propio entendimiento. Él sólo podía protegerlo de ciertos errores, con el fin de que el misterio pudiera ser mantenido sin menoscabo.

Es importante observar aquí, que para Calvino el mero símbolo, por sí solo, es algo vacío. Cristo nunca se hace asequible en los elementos de forma tal que podamos manipularle. En realidad, el fin principal del sacramento no es, simplemente y sin ninguna otra consideración, el hacernos asequible el cuerpo de Cristo. Antes bien, el fin es el sellar y confirmar la promesa por medio de la cual Él testifica que su carne es ciertamente comida y su sangre bebida (Juan 6:56) que nos alimentan hacia la vida eterna (Juan 6:55).²⁸

No tiene ningún sentido el simplemente participar de una esencia divina en la Cena. En realidad, Dios nos ha dado una señal y sello de la promesa por la cual “nos asegura que Él es el pan de vida, del cual el que hubiese comido, vivirá eternamente”.²⁹ En forma dramática el sacramento eleva nuestros pensamientos, de las señales a las cosas señaladas, esto es, a la promesa dada en la cruz y a la realidad del cumplimiento de esa promesa, la cual constituye una verdadera comunión con el cuerpo y la sangre del Cristo crucificado y resucitado. Es por eso que el misterio de la Cena debe ser preservado, ya que en ella encontramos la vida y el alimento que nuestras almas necesitan.

Es de suma importancia recordar que la comunión con Cristo, que se lleva a cabo en la Cena del Señor y, la cual es efectuada por el Espíritu, siempre está conectada en el pensamiento de Calvino, con la fe viva, personal, a través de la cual los beneficios del sacramento llegan a ser reales para nosotros. Ciertamente,

la presencia real de Cristo en la Cena, para cada uno de los comulgantes, necesariamente resulta de la fe. Como ya hemos dicho, esta comunión no puede ser reducida a la fe misma, como pensaron los zwinglianos, sino que más bien, resulta de la fe. Porque, es por fe que podemos acercarnos a la Cena y, por fe que podemos tomar los elementos y, por fe que levantamos nuestros ojos más allá de los signos a las realidades espirituales.

Mirada crítica a la posición de Calvino

El concepto que Calvino tenía de la presencia real de Cristo en la Cena ciertamente preserva el maravilloso misterio de la Eucaristía. Estamos muy de acuerdo con Calvino, en todo menos en un punto. Esta mirada crítica no niega la enseñanza central de Calvino con respecto a este tema, la cual es ciertamente provechosa para los cristianos hoy en día en el diálogo ecuménico entre las diferentes iglesias y posiciones.

Nuestra única objeción tiene que ver con el concepto que Calvino tiene de la naturaleza del cuerpo del Cristo ascendido. Pensamos que no es posible defender el concepto que Calvino tiene del Cristo ascendido, como un Cristo que aún tiene un cuerpo carnoso, limitado por el espacio y contenido en determinada forma y aspecto. La enseñanza paulina expresada en 1ª Corintios 15, así como el testimonio de los evangelios con respecto a la naturaleza del “cuerpo espiritual” del Cristo resucitado, nos llevarían más bien a pensar que el cuerpo de Cristo, una vez que éste ascendió y dejó esta tierra, estaría fuera de la dimensión del mundo creado y limitado por el tiempo y el espacio y, pasaría a ser de una naturaleza inefable. Por tanto, no preservaría determinado aspecto o forma, ni estaría delimitado temporal o espacialmente. Calvino mismo apunta a esta comprensión; sin embargo, el sentido principal de su enseñanza lo niega.

Es claro que Calvino sostuvo su posición por una muy buena razón, cual era la de preservar la realidad del Mediador—verdadero hombre y verdadero Dios aun ahora. Sin embargo, al hacer esto, Calvino puso tanto énfasis en la accesibilidad de las características divinas de Cristo que, tal vez, puso en peligro la unidad de la persona del Cristo ascendido.

En realidad, la enseñanza de Calvino con respecto a la presencia real de Cristo en la Cena del Señor, está fundamentada en una comunicación espiritual con Cristo, la cual es efectuada por el Espíritu Santo. Esta es una comunión con el Cristo todo, que no obstante, permanece en el campo espiritual. Esta enseñanza no sufriría modificación si se deja de un lado la concep-

²⁶ *Ibíd.*, IV, XVII, 5.

²⁷ *Ibíd.*

²⁸ *Institución*, IV, XVII, 4.

²⁹ *Ibíd.*

ción del cuerpo ascendido del Cristo como un cuerpo "caroso", o sea físico. Por el contrario, el abandonar ese concepto material, fortalecería la unidad del Cristo ascendido, con quién nos une el Espíritu Santo en la Cena del Señor.

BIBLIOGRAFÍA

Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, edición de 1536, traducida por Jacinto Terán, Vol. 1, Buenos Aires: Editorial La Aurora, Obras Clásicas de la Reforma, Nº 15, 1958.

-----, *Institución de la religión cristiana*, traducida por Cipriano de Valera en 1597, Vol. I, Rijswijk, Países Bajos: Fundación Editorial de Literatura Reformada, 1981.

Wilhelm Niesel, *The Theology of Calvin*, Philadelphia: The Westminster Press, 1956.

François Wendel, *Calvin, Origins and Development of His Religious Thought*, New York: Harper & Row, 1963.